

del alcázar estaban como compendiadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razón, pues, exclama en su estilo otro escritor arábigo (1), «que solo el Dios del cielo podría llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesión consumió el califa Abderrahman.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó también una *zaka* ó casa de moneda, y otros muchos edificios y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componía de doce mil hombres, cuatro mil esclavos de á pié, cuatro mil africanos zenetas de caballería y otros cuatro mil caballeros andaluces; los jefes y capitanes de esta guardia habían de ser ó de la propia familia real, ó jefes principales de Andalucía. En sus caerías y expediciones, además de la guardia militar que le acompañaba, llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacia también que le acompañasen algunos vazires, alcabibes, sabios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentación y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo mas magnífico y bello que la imaginación de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esa ciudad de maravillas, todo ha desaparecido, y tuviera ramosla por una ciudad fantástica, y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos antojan fabulosas, si no nos certificaran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Así vivía el califa Abderrahman III el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de Leon, le permitió poderse dedicar mas tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicación con los eruditos y sabios de su corte, que eran entonces muchos y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la corte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en Africa y España había llegado á los reinos extranjeros y á los países mas apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Omniada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneto, hijo de Leon VI, el que le había regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovación de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habían existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venía escrita en pergamino con caracteres de oro y azul; esta carta contenía otra en fondo azul y letras de plata, en que se expresaban los regalos que ofrecerían al príncipe musulmán los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo emperador, de quien dicen que era un excelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veía el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcaj, forrada de tela tejida de oro y plata, servía de cubierta á la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, Califa reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podía menos de corresponder, y aun era de esperar que excediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderrahman supo que venían los embajadores había enviado á la frontera á Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la corte, las mejores tropas con los jefes mas distinguidos salieron á darles escolta. Alojéronse en el palacio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el día de la recepción solemne, que fué el 11 de la luna de rabie

(1) Ahmed Almakari, Hist. de las Dinastías mahom. en España.

primera (7 de setiembre de 949). Aquel día las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestibulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en su trono con sus hijos á la derecha, sus tíos á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el órden de su respectiva jerarquía; los hijos de los vazires con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trajes, ocupaban el fondo del salon, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentación al califa de la carta de Constantino, Abderrahman para hacerles los honores mandó á los poetas y literatos de su corte que celebrasen la grandeza del Islam y del califato, dando gracias á Dios por la protección manifiesta que había dispensado á su santa religion humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anecdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginación hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y majestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oración, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indispuerto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta, llamado Abu Aly al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un jóven, á quien nadie tenia por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que mas bien, dicen, fué un largo poema, con tal facilidad, elegancia y facundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y despues le hizo cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputación de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores, despues de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba, despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unían á los dos príncipes.

Habiase extendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extranjeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Carlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la corte del califa. Hallábase, pues, Abderrahman III en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del Estado.

Tenia Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudición. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y había escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predilección á Alhakem; habíale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de mas reputación y saber: entre otros había hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenia mas celebridad por su ciencia y erudición, y este era el que instruía y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivía en el palacio de Zahara: llamábase Abu Aly al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepción de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instrucción, por su bondad y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Omniadas, había sido declarado por su padre walí alahdí, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, vazires,

alcabibes y demás altos funcionarios del Estado, segun costumbre.

Pero Abdallah tenía á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed, conocido por Ben Abdilbar, á quien también hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre había dado á su hermano; que conocía la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamación popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaración hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haría sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador de la dinastía de los Omeyyas, que no había vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin, tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza común á todos los hombres, y mas común á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no solo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostración ofrecida, sino á fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los walíes y caudillos y á los hombres de mas valer. Así fascina y pierde muchas veces á los mejores y mas virtuosos príncipes la lisonja y la instigación de un consejero interesado y ambicioso. Éralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuración á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y este lo denunció todo al califa, designando el día en que estaba dispuesta y acordada la revolución, que era el de la Pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tío Almudhaffar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delación acordaron despachar uno de los vazires de palacio con la misión de sorprender á media noche el de Meruan en que habitaba Abdallah. Hizolo así el vazir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicación. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó este: «¿Te tienes por ofendido porque no reinas?» Abdallah dió solo lágrimas por respuesta. Interrogado despues por dos vazires del consejo de Estado declaró cuanto había, por instigación de quien obraba, y que todo era obra de las sugestiones de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezquitas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenia complicidad alguna en la conspiración. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el día de la Pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiración. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que había de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdón de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesión y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería á tus súplicas; pero como iman y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Omam ben Alehitab: así, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crimen.» El infeliz Abdallah también intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca

(1) Abu Omar ben Afif, en su Historia que perfeccionó Ben Hayan. Conde, cap. 83.

un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche recibió la muerte en su propia habitación, y al siguiente día fué enterado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950)!

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador arábigo, poco despues falleció el príncipe Almudhaffar, tío del rey, con grande sentimiento de este que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y mas acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que había sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasión en que Ordoño III acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de Leon. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino días de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado despues el Gordo, gobernador de Burgos Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no solo á su tío García de Navarra, sino también á Fernan Gonzalez, suegro del de Leon, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prisión. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de Leon para caer simultáneamente sobre la capital. Pero engañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan aperebidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (952).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo ó pretexto para la anulación del matrimonio, pasando despues á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo, que llegó á reinar mas adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazón todavía lacerado de Ordoño; pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osara mas rebelarse contra el legítimo monarca; el cual, viéndose allí con fuerzas imponentes, no quiso volver á Leon sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á Leon victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasión tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando también y saqueando pueblos desde San Estéban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad había obligado al conde Fernan Gonzalez á volverse á poner al servicio del rey de Leon, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nación.

Disponíase Ordoño III á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus días. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) despues de un corto reinado de poco mas de cinco años y medio. Su cuerpo fué trasportado á Leon y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro (2).

(2) Samp. Chron.